

XXVI

La Varetti, movida á compasión por aquella pobre mujer, decidió tener valor y mantener firme su promesa de amonestar afectuosamente al joven, al menos para que no fuera cruel con su madre. No sabia cómo ni dónde hablarle; ni le pasaba por la mente, con el buen humor de sus escolares, llamarlo aparte á la entrada ó á la salida de la clase.

Le duró esta incertidumbre todo el día.

Por la noche *Saltaventanas* vino á clase.

Tenia su rostro todavía más livido que los otros días, y las facciones tan alteradas, que anunciaban bien á las claras la embriaguez de aguardiente aún no totalmente disipada.

Su entrada fué acogida con un gran murmullo, que bien pronto hizo cesar, plantándose en medio de la escuela y mirando en derredor. Fuése luego á su sitio, donde se

acomodó en la actitud acostumbrada, pero con una cara torva, impenetrable y resuelta, como si hubiera llegado la ocasión, en aquella misma noche, de dar algún golpe.

La lástima que su madre le inspiraba, el temor de que se lanzase á alguna atroz provocación y la esperanza de prevenirla, indugeron á la maestra á intentar una prueba que le pareció muy atrevida. Después de haber pensado en ello un rato, llena de agitación, aprovechando el momento en que le pareció que toda la clase estaba reconcentrada y sin observarla, le miró atentamente durante un segundo, como nunca lo había hecho, con una expresión velada de indulgencia, de bondad y de súplica.

El joven se quedó con el semblante inmóvil, en la actitud del que de improviso oye la voz de una persona invisible que parece pronunciar su nombre; miró en derredor, volvió otra vez sus ojos hacia la maestra, ya no le miraba. Pasó la mano por su frente; una nueva agitación, un orden nuevo de pensamientos parecía surgir en su mente. Los muchachos reanudaron el alboroto y las bromas de siempre dirigidas á la maestra; pero con el propósito de ofenderle á él.

Muroni no hizo caso en el primer momento.

Pero de repente, al oír á Maggia el pequeño murmurar una palabra inconveniente dirigida á la maestra, que no entendió, se volvió airado como un tigre, diciéndole:

—Maggia, te cortaré el pescuezo.

Varias voces contestaron:

—¡Poco á poco! ¡Qué furia! ¡Lo veremos!

Y un vocejón que salió del extremo opuesto de la escuela rugió:

—¡Aquí estoy yo!

Era el tío de Maggia que se había levantado con su deforme cabezota, todo encendido.

No teniendo ningún cariño al muchacho, que lo fastidiaba con sus travesuras, se había levantado en defensa del pariente amenazado, sin saber el por qué de la amenaza, sin preguntar ni menos reflexionar, como un bruto, solamente porque había oído su nombre.

—¡Te arreglaré también á tí!—le contestó Muroi.

La maestra le impuso silencio.

—Ya sabéis quien soy—dijo aún dirigiéndose á toda la clase, y se sentó despidiendo por sus ojos siniestros centelleos.

La maestra, recogiendo con todas sus fuerzas la voz, impuso silencio, y todos se aquietaron, no por respeto á ella, sino por el

presentimiento de algo grave que se leía en las actitudes resueltas de los semblantes y por la entrada en la lid del tío de Maggia, conocido por su fuerza y sus furores de toro.

La Varetti siguió la clase con sobresalto continuo, sin que pudiera echar de su cuerpo más que un hilo de voz. Todos salieron en silencio.

Se fué inmediatamente al patio, buscando en vano al portero; se acercó á la puerta temblando, y creyendo inevitable una terrible contienda. Oyó, en efecto, varias voces que decían:

—¡Sitio! ¡Sitio! para hacer espacio á los contendientes.

Luego la voz de Muroi:

—¡Venid!

Y la del tío de Maggia:

—¡Aquí estoy!—apoyándose en el muro para no caer.

Pero, en lugar de los gritos y de los golpes que esperaba oír, llegó á sus oídos un murmullo extraño, como si una advertencia corriera de boca en boca, y luego el rumor de los pasos de la multitud que se desbandaba en silencio.

En medio de aquel silencio aún oyó la voz de Muroi, ya lejos, que decía:

—Nos veremos mañana.

Y otras, más inmediatas, en tono de amonestación:

—Á casa, muchachos, á casa.

Era la pareja de la guardia civil que había despejar el camino.



XXVII

Nunca como en esta ocasión se había visto la Varetta tan próxima á experimentar aquel terror, que en su infancia la había puesto en peligro de muerte al presenciar una riña sangrienta entre los obreros de las minas.

Había oído como cruzar por los aires el soplo del delito. Toda la noche tuvo un temblor frío, una angustia, que acumuló en sus sueños las imágenes más espantosas que en el curso de su vida la habían oprimido, y se despertó agotada, llena de negros presentimientos, buscando con ansiedad, sin encontrarlo, un medio para impedir lo que estaba á punto de ocurrir. Un gran consuelo fué para ella el ver aparecer en la puerta á la maestra Mazzara.

Venía tan entusiasmada de sus propios proyectos, que se olvidó de pedirle noticias de la escuela de adultos y de *Saltaventanas*,

que era lo que la había llevado hasta allí á pesar del frío intenso y de la niebla. Quería que la Baroffi le escribiera un artículo sobre la mala alimentación de los niños de los asilos, donde se hacía un abuso de las judías, intolerable; estaba buscando adeptos para pedir una reforma de la enseñanza del canto en las escuelas elementales, donde, con la ilusión de que los muchachos aprendieran la música, les enseñaban trabajosamente á cantar coros sin inspiración y sin vida, cantos fúnebres que hacían dormir á cantores y oyentes; quería promover una suscripción para hacer un regalo de honor á una maestra ciega, bellísima, del Instituto de Azeglio, un ángel por su gracia y por su bondad... Por fin, habiéndose desahogado, preguntó y se dispuso á oír con gran atención á su amiga, que le contó minuciosamente todo lo que había pasado y lo que ella temía.

Pero, ¡ay de mí! ya fuese por una mala disposición secreta de ella, ó por la naturaleza peligrosa del asunto, la conversación había de durar poco y acabar mal.

Así que concluyó, le dió un consejo, que la Varetta sospechó lo tuviera ya preparado por lo pronto que le ocurrió:

—Querida mía,—le dijo con el tono paternal propio de una hermana mayor,—mi parecer es este: que el asunto es necesario que concluya á toda costa, y que el darlo por terminado consiste en tí. Tú no debes consentir que se cometa un delito por causa tuya. Y sólo hay un medio. Valiéndote del ascendiente que sobre él tienes, llamarlo aparte y ordenarle resueltamente que desista de todo género de reacción ó de provocación, que haga el sacrificio de su orgullo, que ceda y se resigne por interés tuyo. De este modo no ocurrirá nada y cambiará. Si tú se lo mandas, te obedecerá. No hay otro camino. Debes hacerlo así por deber de conciencia. Esta es mi manera de sentir.

—Pero, ¿por qué crees tú que me obedecerá?—preguntó la Varetta, no comprendiendo todavía su pensamiento.

La Mazzara dudó.

Luego respondió con franqueza:

—En tí consiste el hacerle obedecer, después de todo.

—¡Oh, querida mía!—exclamó la amiga con altanera sonrisa poniéndose en pie,—por evitar una desgracia estoy dispuesta á hacer cualquier sacrificio, con tal que no sea rebajarme.

La Mazzara se sintió herida, su sangre democrática se sublevó, pensando en que la Varetti habría dado la misma respuesta si se tratara de uno de sus hermanos. Y, conteniendo el despecho, contestó con forzada sonrisa:

—Preocupaciones sociales.

—¿Prejuicios sociales?—repuso la Varetti con vivacidad.—¡Si, sólo que son los prejuicios de la dignidad y del honor! Me avergonzaría delante del retrato de mi padre si llegara á tener sólo el pensamiento de faltar á ellos.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la Mazzara, convulsa.—Los hombres de todas las clases sociales se auxilian; salvo que sus vicios y sus culpas tienen un distinto color: los señores beben vino más fino, frecuentan las malas mujeres mejor vestidas y se dan estocadas en lugar de navajazos.

La Varetti refrenó un movimiento de indignación, y le dijo con altanería:

—Tú no estás en tu juicio. Mi padre se ha batido en duelo, ¿y tú le pondrías al lado de los malhechores de las tabernas?... ¡Es un oprobio!

—¿Un oprobio?...—respondió ella, con voz sofocada por la cólera,—¿un oprobio?... Pues

bien, te digo que me vanaglorio de ser hija del pueblo, que estoy orgullosa de mi familia, que desprecio los humos de la aristocracia y que no sé qué hacerme de las amigas aristocráticas.

Y dicho esto, se marchó precipitadamente con los ojos llenos de lágrimas.

La Varetti corrió á detenerla, llamándola por su nombre y suplicándole que volviera.

Pero ella se volvió irritada, contestándole:

—Vendré otra vez: ¡hoy no corren buenos vientos!

Y desapareció.

La muchacha se dejó caer sobre una silla, descorazonada.

La amiga misma la abandonaba en aquel día en que tanto había menester de distracción y de consuelo. No pudiendo resistir la soledad, se fué á buscar la compañía de la maestra Baroffi. La encontró sentada á la mesa; tenía delante una docena de grandes cuadernos abiertos, donde iba transcribiendo pasajes y sentencias de literatura, periodistas y conferenciantes, las cuales, al cabo de un mes de estacionarse en su almacén, llegaban á ser suyas, y las tenía tan con-

cienzudamente por suyas, que si le ocurría tropezar con ellas en otra parte, creíalas fruta robada de su propiedad.

La Varetti le refirió sus tristezas y sus miedos.

—¡Ah! ¡Bendita criatura—le respondió,— que te obstinas todavía en no hacerme caso! ¡Habla, conmuéveles! ¡Léeles algún trozo conmovedor de Thowar ó de Lambruschini, y les veras transformarse por segundos!— ¡Ah, si fuera yo!

Mas no obstante la tristeza grande de su amiga no se detuvo sobre el particular. Estaba completamente excitada con la descripción de una solemnidad que habia tenido lugar en la Universidad de Londres, en cuyo paraninfo, en presencia del canciller, de todo el cuerpo de profesores y de una gran multitud de estudiantes y de pueblo, una señora joven habia sido investida con el grado de doctor en ciencias.

Este hubiera sido el sueño supremo de su ambición.

—¡Figúrate, querida—exclamó entusiasmada,—á esa hermosa señora con la muceta roja y dorada de doctor, en aquel lugar, ante toda aquella gente, en medio de aquellos aplausos, y Londres entero hablando de ella!

¡Quisiera alcanzar esa gloria y morir una hora después!

La Varetti la dejó con sus sueños, más triste que antes, y se fué en busca de la Latti. La encontró escribiendo delante de un altar-cito lleno de frascos y cajas de droguería y llorando á lágrima viva. Ella no hacia misterios. Hacia dos días que sentia sintomas tan seguros de su próximo fin, que se habia decidido á escribir su testamento.

La Varetti no pudo menos de sonreirse entonces por vez primera en el día. Pero si el testamento era cómico, la testadora estaba espantada y afligida en verdad, y su compañía para nada le servía.

La abandonó y volvió á su habitación á contar el tiempo, cuarto de hora por cuarto de hora, á los toques del reloj de la Iglesia.

A eso de las cuatro sintióse vivamente agitada, y fué á ver al maestro Gavallo para explicarle el estado de las cosas y preguntarle si no sería oportuno advertir á los guardias civiles que pasasen también aquella noche por delante de la escuela.

Le encontró solo, bebiendo, algo excitado, quizá menos por el vino que á causa de alguna buena noticia financiera del mundo escolar.

No le pareció aceptable la advertencia.

—Si nosotros—dijo,—damos á los escolares el diario espectáculo de la guardia civil á la puerta de la escuela, provocamos un desorden para la primera noche que no vengan. Y luego que dónde iría á parar el prestigio de la escuela. Es preciso no presentarse desconfiado á los ojos del pueblo.

Sin embargo, no por esto desconocía la gravedad de las cosas.

Al cabo de cinco minutos de incertidumbre tomó una resolución heroica.

—Esta noche—dijo levantándose y llevándose la mano al pecho,—me presentaré yo.

La maestra se fué algo reanimada.



XXVIII

Al anochecer otra vez se apoderó de ella la ansiedad, la tristeza y el miedo. No tenía fuerzas para separarse de la ventana, por donde veía aquel camino solitario, y parecía preguntarle lo que ocurriría bajo sus árboles aquella noche; parecía de mal augurio la niebla espesa que todo lo cubría, sin dejar ver más que confusamente el árbol más cercano á la puerta de la escuela. Las campanadas del reloj al dar las horas, el sordo estrépito de las máquinas de los talleres, el sonido lejano del yunque del herrero, el farol encarnado de *La Gallina* que ardía en el fondo como un ojo sanguineo...: todo le parecía tétrico y amenazador, y le recordaba aquellos pasajes siniestros de los cartelones de las ferias donde se pintan escenas de asesinatos, que le causaban una impresión tan profunda cuando era niña.

Llegó un momento en que sintió necesi-

dad de orar. Se echó el abrigo encima, atravesó el camino oblicuamente, entró en la Iglesia y se arrodilló al lado de un pilar. El templo estaba obscuro, lucía tan sólo una lámpara colocada delante del altar mayor; había arrodilladas algunas mujeres aquí y allá: á lo lejos oíase el paso sonoro del sacerdote.

Hizo oración, recordó á su madre, invocó á su padre para que le inspirase ánimos, y creyó que le había oído.

Pensó luego en tantos ejemplos de fortaleza y de valor, sacados de la religión y de la historia, que ella misma había leído ó contado á los pequeños, con el ardor de la que se siente capaz de imitarlos; y se avergonzó, pensando que era cosa tan miserable en frente de estas virtudes, la que ella necesitaba poner por obra y que le faltaba, que no tenía más que hacer que mantener dignamente su puesto; su persona no corría riesgo alguno, y que en suma, el miedo era una villanía en un maestro tanto como en un soldado.

—¡Valor!—dijo resueltamente levantándose; y ansiosa é impaciente por afrontar la prueba se encaminó á la puerta.

Cuando llegó á la mampara, mientras levantaba la pesada cortina de aquella especie

de cuartito que mediaba entre ella y la puerta, vió delante de sí á un hombre. En seguida reconoció á Muroli y se echó á temblar ante la idea de estar sola con él en aquel sitio cerrado y obscuro. Pero se rehizo en el momento, pensando que le sería imposible intentar una violencia, allí, en la Iglesia! Continuó adelante.

—Señora maestra—dijo el joven con voz firme y triste á un tiempo,—rece usted por mí.

Ella hubiera querido contestar; pero le faltó la voz.

En el mismo instante, sintió que le cogían una mano con cuidado, como si quisieran saludarla; mas al hacer un esfuerzo para desprenderse, se contrajeron sus dedos apretando á los del joven; en medio de esta situación conservó serenidad bastante para comprender que el movimiento que él hizo en seguida no era premeditado sino impuesto por un repentino arrebató de la sangre, que la misma contracción había provocado. En un segundo sintióse oprimida por la cintura, por los brazos y por los hombros, y respiró el hálito de la boca que buscaba su cara: resistió con todas sus fuerzas poniéndole las manos sobre el pecho, se retorció,

luchó, trató de huir arrodillándose, oyó su ronca voz que decía:

—¡Un beso... un beso... un beso, en el nombre de Cristo!

La lucha fué desesperada por algunos segundos en aquella obscuridad cargada de incienso, rota por ardientes suspiros y por ahogados sollozos... cuando se oyó el paso de uno que se acercaba por dentro de la Iglesia; él la abandonó, y ella salió precipitada.

Apenas había llegado al camino, arreglándose la ropa con las manos convulsas, cuando oyó en medio de la niebla la voz de él, angustiada y suplicante:

—Perdóneme. He sido un infame. No lo volveré á hacer jamás: ¡lo juro por mi alma!

Ella no se volvió, corrió á la escuela, subió á escape á su cuarto, y echándose de rodillas ante el retrato de su padre, rompió á llorar.



XXIX

Un triste presentimiento, sin embargo, de que este había de ser el último encuentro y de que algo se agitaba en los aires más grave todavía que el acto violento que acababa de cometer, le privó de dar paso alguno. Y no sólo esto, sino que en el momento de presentarse en la clase se encontró con más valor del que esperaba tener, quizá por efecto precisamente de este mismo presentimiento, que le anunciaba un término, cualquiera que él fuere, á sus angustias. En el pasillo, mientras los alumnos iban entrando, el portero la detuvo, diciéndole con el semblante inquieto:

—Cuidado, señora maestra, porque... he oído ciertas conversaciones: esta noche va á ser ¡de las buenas!

Entró: la clase estaba completa, no obstante el frío y la niebla espesísima que cu-